

Bellenuit

El corazón del tiempo



JUANJO DE GOYA

.nowevolution.
EDITORIAL

Título: **El corazón del tiempo**
Saga: **Bellenuit** (vol.1)

© 2011 Juanjo de Goya
© Diseño Gráfico: **nowevolution**
Colección: **Volution**

Primera Edición Mayo 2012
Derechos exclusivos de la edición.
© **nowevolution** 2012

ISBN: 978-84-938690-6-9
Déposito Legal: GU-71-2012
Printed in Spain (Impreso en España)

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:

www.nowevolution.net / **Web**
info@nowevolution.net / **Correo**
nowevolution.blogspot.com / **Blog**
[@nowevolution](https://twitter.com/nowevolution) / **Twitter**
Nowevolution Editorial / **Facebook**

A cada una de tus mariposas

NOTA DE AUTOR

Querido lector, no existen suficientes palabras en nuestro riquísimo idioma para expresar lo agradecido que te estoy por haber escogido este libro entre los miles que existen a tu disposición. Espero que, una vez lo termines, pienses que la experiencia ha merecido la pena. Confío en que te diviertas tanto leyéndolo como he hecho yo mientras lo escribía. Si es así, sabré que he conseguido uno de los objetivos que me proponía. En cualquier caso, te invito a hacerme llegar tus impresiones a través de mi página web (www.juanjodegoya.com) o de las redes sociales. Para mí sería un auténtico privilegio poder conocer tu opinión.

Como imagino que ya sabes, el 10% del beneficio de este libro (concretamente la cantidad que me corresponde como autor) se destina a proyectos de desarrollo en Costa de Marfil. *Bellenuit* me ha dado mucho sin exigir nada a cambio, y hace tiempo decidí que el total de los posibles beneficios que me fuese a reportar el libro debían servir para hacer sonreír y soñar a otros. Gracias de corazón.

Has de saber que, aunque ahora tengas este libro entre tus manos y no te haya supuesto mucho esfuerzo hacerte con él, el camino no ha sido corto ni sencillo. Hace ya más de un año, en febrero de 2011, opté por ofrecer mi obra íntegra y gratuitamente a través de la red (aprovecho la ocasión para invitarte a visitar la página web oficial de la saga: www.bellenuitsaga.com). El principio fue arduo y descorazonador, muchas puertas estaban cerradas y se negaban a abrirse, pero, tres meses después, gracias a la inestimable colaboración en la difusión del libro de portales y comunidades online (y obviamente gracias a los lectores que se atrevieron a darme una oportunidad), con más de diez mil descargas, la editorial que ahora pone a tu disposición *El corazón del tiempo*, Nowevolution, se interesó y me ofreció un contrato de edición.

Por mi parte, es de acción obligada citar y agradecer a numerosas personas su ayuda, pero sería interminable y agotador hacerlo nombre por nombre, así que pido perdón si alguien cree que debería aparecer en estas líneas y no lo hace. Jamás olvidaré vuestro apoyo. Me ceñiré a las páginas y a destacar los nombres de aquellos que han hecho que esto sea posible. En primer lugar quiero agradecer efusivamente el aumento de las descargas a las comunidades Vagos.es, eXvagos.es, Audiosyebooks.com, Papyrefb2.net, Lectoreselectrónicos.com y Ebooksgratis.eu.

Y tampoco quiero olvidarme del blog literario Librosdeensueno.com. Sin estas páginas y comunidades, *El corazón del tiempo* nunca hubiese superado la decena de descargas. Además, gracias a ellas he conocido a personas fabulosas, apasionadas por la literatura y desinteresadas, sin las que hubiese sido imposible contar con diferentes formatos, excelentes conversiones y maravillosos lectores.

Particularmente me gustaría nombrar, aunque lamento no poder hacerlo en todos los casos por nombre y apellido, a Arditor, Joseiera, Sintaxia, Jaleb, blanca_luz, Sihayazgz, Vampy, Nacho, Nuria Forte y Javi de Ríos. Ellos saben quiénes son, y los que frecuentan las citadas comunidades también. Gracias, de verdad. Muchísimas gracias.

Tampoco puedo dejarme en el tintero a Pablo López, un gran amigo al que debo la existencia de la página web (<http://www.bellenuitsaga.com/>). Si no fuese por él, *Bellenuit* jamás hubiese llegado a estar en la red. Gracias por estar ahí. Y por supuesto, mi eterna gratitud, aunque ya tiene mi corazón, a Tanya. *Bellenuit* es *Bellenuit* por ella.

Antes de terminar, querido lector, debo señalar que, aunque el libro que estás a punto de comenzar esté escrito en español, la acción no transcurre en territorio hispanohablante, por lo que te encontrarás con nombres extranjeros. Siendo así, por ejemplo, la protagonista se llama *Alex* y no *Álex* (con tilde en la *a*). Pero no por ello se debe pronunciar como si se escribiese *Aléx*.

Finalmente, permíteme volver a agradecerte una vez más la oportunidad que me brindas, lector.

Pronto descubrirás que hay cosas inevitables.

Juanjo de Goya
8 de marzo de 2012

Web oficial saga: <http://www.bellenuitsaga.com>

Web oficial del autor: <http://www.juanjodegoya.com/>

Twitter autor: @jjdegoya

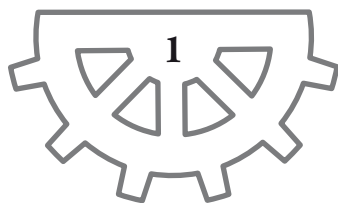
Facebook Saga: <http://www.facebook.com/bellenuitsaga>

PRÓLOGO

Solo fue un instante, pero cuando el destello cesó ya era demasiado tarde.

El silencio ahogó el murmullo del agua, y la temperatura descendió. El aire dejó de circular, al tiempo que sus corazones dejaron de latir, y ya no se escuchó palabra alguna. Nada se movía.

Sin volver la vista atrás, se marchó. *Ahora ellos tenían el control.*



Envuelta en una toalla, Alex recorrió el corto pasillo que separaba el baño de su habitación, en el segundo piso del número cuarenta y seis de Millais Road. Era una mañana vacía, más que de costumbre. El despertador había sonado puntualmente a las ocho, tal y como hacía cada día, pero Alex se concedió otra media hora de ensueño y ahora estaba pagando las consecuencias.

Pudo escuchar el timbre del teléfono y a su madre respondiendo en el piso de abajo. Despertó en su habitación, pensando en lo tarde que era y en lo difícil que sería llegar a tiempo.

Su madre, Charlotte, y ella vivían solas al final de aquella calle de Dover. Su padre había muerto antes de que Alex naciera y jamás tuvieron la oportunidad de conocerse. A veces es mejor no recordar lo triste que se puede llegar a estar, y nunca hablaban de él.

Charlotte era francesa, pero tras la muerte de Viktor había abandonado Calais en un ferry con destino al lugar de nacimiento de Alexandra: Douvres, nombre francés por el que se conoce a Dover. La ciudad era famosa en el mundo entero por sus acantilados Blancos, visibles desde el otro lado del canal de la Mancha; una maravilla de la naturaleza que había inspirado poemas y canciones. No era ni grande ni pequeña, un puerto importante que servía de puente entre Reino Unido y el resto de Europa. Lugar de paso para marineros y turistas, segunda residencia para un puñado de londinenses, recuerdo para algunos y prisión para otros. Ese era el lugar donde Alex había crecido.

Frente al armario, estuvo a punto de olvidar que debía ponerse el uniforme, pero resultaba imposible no ver colgada la falda escocesa de tablas en tonos blanco, negro y gris, era parte del uniforme del colegio.

—*Un día más* —dijo, suspirando.

Fue a su mesa, cogió el reloj de pulsera, advirtiendo que quedaban unos veinticinco minutos para las nueve, y a través de la ventana, situada sobre el mueble, comprobó que esa mañana normal de mayo iba a ser cálida y soleada; aunque el tiempo en Dover era impredecible. En unas horas podría empezar a llover sin previo aviso.

Terminó de vestirse cambiando la toalla húmeda por el resto del uniforme: camisa blanca de manga larga, calzas negras y chaleco negro, con cuello de pico, con el emblema bordado: una pared escarpada e irregular, de un blanco impoluto, que quería representar los incomparables acantilados que daban nombre al colegio, y también a Gran Bretaña en tiempos del Imperio Romano, Albión.

Completando su ritual diario, se colocó frente al espejo de cuerpo entero que colgaba de una de las paredes. Al otro lado del cristal había una chica joven y delgada, con un rostro ovalado en el que destacaban las prominentes mejillas y unos ojos verdes cautivadores. Los carnosos labios de su boca entreabierta (debido a que tenía el labio superior levemente elevado), dejaban ver unos incisivos superiores blanquísimos. El pelo negro, ahora mojado, le llegaba hasta la barbilla.

Se estaba colocando la falda a un palmo por encima de la rodilla cuando escuchó a su madre gritar en inglés, con un notable acento francés. Debía de seguir al teléfono.

—¿Ahora te preocupa? La semana pasada no parecía importarte.

Parecía alterada. Tenía mucho carácter, pero pocas veces se enfadaba.

Alex resopló, echando la cabeza hacia atrás. *Si vuelvo a llegar tarde me mata*, dijo para sí misma, recordando cómo su amiga Dakna le quiso enseñar, con su iPhone, unas fotos que acaba de colgar en su perfil de Facebook, y que, por eso, llegaron tarde a clase de historia. Ese día, la profesora Jones llamó a su madre al trabajo, algo que no había ocurrido nunca antes, y Charlotte se llevó un susto de muerte. Era doctora en el hospital de Dover, y para ella una llamada fuera de la normalidad significaba urgencia y problemas.

Escuchó un golpe sordo. Su madre había colgado el teléfono bruscamente.

Agarró la mochila de la escuela, que estaba sobre la silla del escritorio, exactamente en el mismo lugar donde la había dejado la tarde del día anterior al llegar a casa con ganas de escuchar música. Salió de la habitación y miró el reloj; quedaban veinte minutos.

Descendió la escalera mientras observaba a su madre. Estaba detenida junto a la puerta principal, con una mano sobre el teléfono de la mesita de la entrada. Charlotte tenía el pelo largo, por debajo de los hombros, rizado y de un color entre negro y castaño. Su cara era ligeramente redonda, con las mejillas pronunciadas y elevadas, igual que las de Alex. Sus ojos tenían un tono verde oscuro, y ahora de perfil vio la respingona nariz de su madre. Era una mujer muy atractiva.

El trote de Alex la sacó del trance. Miró a su hija y después al reloj de su muñeca. Cruzó los brazos, ladeó la cabeza y sonrió. Alex se sonrojó y agachó la cabeza antes de llegar al último escalón.

—Me he dormido —afirmó Alex en un cuidado francés.

Entre ellas siempre hablaban en francés. Aunque Alex naciera en Inglaterra, hablarlo era natural para ella; se sentía cómoda haciéndolo. Era una de esas cosas especiales que las unía. Muchas veces, incluso, el francés aparecía de manera involuntaria cuando charlaba en inglés o, simplemente, pensaba.

—¿De verdad? —contestó su madre, riendo—. *Chérie*, vete a la cocina y coge la bolsa con el almuerzo que te he preparado para que desayunes en el colegio. Si te entretienes más, llegarás tarde. Y no querrás que una de tus profesoras me llame otra vez. —Charlotte siempre la llamaba «*chérie*», un apelativo francés cariñoso.

Levantó la mirada hasta encontrar los ojos de su madre y le devolvió la sonrisa.

—Gracias, mamá —dijo mientras le cedía la mochila para que se la sujetase.

Se giró, ya liberada del peso de los libros y cruzó el salón, desde donde se accedía a la cocina. Sobre la isla (una encimera en el centro de la estancia que utilizaban para preparar la comida, y muchas veces para desayunar) había una bolsa de papel marrón. Se asomó y descubrió un sándwich de jamón, queso y tomate y un par de man-

zanas. Puede que no fuese un menú de cinco tenedores, pero Alex se alegró. Le privaban las manzanas y ese sándwich era su favorito.

Volvió a la entrada al mismo tiempo que su madre salía del cuarto ropero (donde guardaban los abrigos y los zapatos) con la mochila en una mano y un par de zapatos planos negros en la otra. A Charlotte no le gustaba que se anduviera por casa con el mismo calzado con el que se pisaba la calle.

—¡Exactamente los que yo iba a coger! —exclamó Alex, mirando los zapatos que le entregaba su madre para que se calzara—. Gracias.

El calzado era la única prenda con la que tenían cierta libertad en el colegio, aunque era muy relativa. No podían llevar ni tacones ni plataformas ni botas ni deportivas. Y tampoco improvisar con un color que no fuese el negro. Sin embargo, Alex contaba con diferentes opciones.

—No me lo hubiera imaginado —contestó Charlotte sin perder la sonrisa.

Alex se puso los zapatos y miró su reloj. Quedaban dieciséis minutos. Tomó la mochila de la mano de su madre y se la colgó del hombro.

—¿Estás bien, mamá? Te oí gritar a alguien al teléfono —preguntó mientras corría la cremallera y metía la bolsa marrón con el almuerzo en la mochila.

—Perfectamente, *chérie*. —Hizo una pausa desviando la mirada de los ojos verdes de Alex—. Cosas del trabajo. Márchate ya o no llegarás. Hoy tengo turno de tarde, así que nos vemos para cenar.

Dio un beso en la mejilla a su madre y salió a toda prisa sabiendo que le iba a tocar correr si quería llegar a tiempo. El colegio no estaba muy lejos, pero sí lo suficiente como para necesitar más de quince minutos caminando.

Millais Road era una calle de adosados de dos plantas, idénticos. Cada uno tenía una pequeña parcela de unos metros cuadrados que reflejaba la personalidad de los inquilinos. La de Charlotte y Alex, salvo por los cuatro pasos en línea recta que separaban la puerta principal de la pequeña valla roja, estaba cubierta por enormes rosa-

les. A estas alturas del año rebosaban alegría y color. Predominaban las rosas rojas, pero también había blancas, rosas y anaranjadas.

El número cuarenta y seis era el último adosado; tranquilo y sin apenas ruido. Millais Road era una calle sin salida. La entrada estaba en el otro extremo.

Alex se acomodó la mochila en los dos hombros y echó un vistazo al reloj: catorce minutos. Recorrió la calle trotando y tomó Beaconsfield para ir por el camino más rápido y directo. A diario caminaba por calles secundarias para evitar la vía principal de Dover, pero hoy no tenía tiempo para escoger la ruta turística local.

Pasó corriendo junto al par de mesas sobre la acera de Jermaines, donde unos vecinos del barrio desayunaban plácidamente, disfrutando del sol de la mañana.

—¡Adiós, Alex! —escuchó mientras atravesaba el cruce con Leighton Road.

Todos en Millais Road y alrededores conocían a sus vecinas francesas. Sabían perfectamente que Alex había nacido allí, pero la consideraban francesa. Y ella no discutía. Es más, disfrutaba. Era algo que le diferenciaba del resto de sus amigos y compañeros.

—*Au revoir!* —contestó gritando sin mirar atrás y agitando el brazo.

Siempre se despedía en su idioma materno. Esta expresión en particular era su favorita.

Al final de la calle esperaba la arteria principal de Dover, London Road. Cruzaba la ciudad de norte a sur por el centro, y desde ella se podía llegar prácticamente a cualquier parte. Era casi imposible no pisar London Road moviéndose por Dover.

En la intersección con Beaconsfield, frente a frente, había una iglesia a la izquierda y un lavadero de coches a mano a la derecha. Alex cruzó a la acera donde estaba la iglesia para seguir hacia el sur por London Road. Pero, al hacerlo, no perdió de vista al hombre que lavaba un coche rojo con el torso desnudo. Sus pectorales y abdominales estaban bien definidos. Sonrió para sí. *A Dak le encantaría*, pensó. Cuando su amiga iba a su casa, siempre sugería que fuesen por London Road para pasar junto al lavadero con la esperanza de ver exactamente eso mismo.

Sin perder el ritmo, Alex corría calle abajo. A esas horas había coches que iban y venían, pilotados por rostros adormilados, rumbo al trabajo. La acera era estrecha, apenas cabían tres personas en paralelo. Pero, por suerte, con la mayoría de las tiendas aún cerradas, no había mucha gente por allí. Sin embargo, más de una vez tuvo que salirse a la calzada para evitar derribar a alguien. Era una zona de comercios pequeños: tiendas de tatuajes, de tarjetas de visita, de trofeos, de regalos, de comestibles. Ella trotaba junto a los escaparates.

Al llegar al cruce con Bridge Street se detuvo en el semáforo. Tomó aire. Podía sentir su corazón bombeando sangre para sofocar el esfuerzo. Miró el reloj. Quedaban ocho minutos para las nueve.

London Road se desviaba y se convertía en High Street, el corazón de la ciudad. Atravesó el paso de peatones caminando, cuando la luz del semáforo se lo permitió, descansando las piernas. Y cuando llegó al otro lado, volvió a correr. Apenas se fijaba en las miradas furtivas de aquellos con los que se cruzaba. Su único pensamiento era llegar a tiempo.

Por la acera oeste de High Street, pasó delante de casas particulares, de un restaurante chino, de un supermercado, de un bar turco, de una tienda de muebles de ocasión y de una peluquería. Vadeó media ciudad franqueando doverianos. Y lo más sorprendente es que no se chocó con ninguno durante todo el trayecto.

Finalmente llegó a Whites, una famosa tienda de cortinas, en la esquina de High Street con Effingham Crescent, frente a Maison Dieu, un edificio medieval con nombre francés que albergaba una colección de armas, armaduras y diferentes pinturas. Era una de las típicas fotografías que se llevaban los turistas que visitaban Dover, pero que los autóctonos no valoraban. Para ellos era un lugar de referencia para citarse.

Ya solo tenía que recorrer los escasos ochenta metros de Effingham, cruzar la puerta exterior del colegio, y recorrer la inmensidad verde de los jardines interiores hasta el edificio principal, donde tenía clase a primera hora, a las nueve en punto. Casi podía palpar su pupitre, divisando en la distancia el majestuoso edificio tras los árboles que acompañaban a la muralla de Albión.

Se llevó la muñeca derecha a la cara y comprobó el tiempo que tenía. Quedaban dos minutos. Con la respiración acelerada y el corazón latiendo desbocado, suspiró preocupada.

—*Merde!* Es imposible —dijo derrotada.

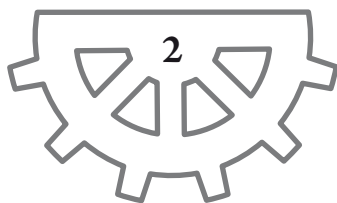
Pero sin pararse, echó a correr de nuevo. No veía a ningún chico rezagado, por lo que supuso que estarían todos en clase. Tampoco ninguna madre que hubiera acompañado a su hijo al colegio. Lo que era aún más extraño. Era frecuente ver grupos de madres que, tras dejar a sus hijos en el colegio, iban a tomar un café.

La verja negra con el escudo de la escuela estaba abierta, y no se veía al guardés. La atravesó alegrándose por no tener que dar explicaciones y llegó a pisar el jardín. Miró el reloj: un minuto.

Intentó ir más rápido. Ya casi estaba allí. Al otro lado del vasto jardín central se erguía el edificio principal. La fachada era gris, repleta de ventanas rectangulares. Una descomunal construcción de cuatro plantas y tejado a dos aguas, con una doble puerta de cristal en arco como acceso. Lo llevaba viendo desde que tenía cinco años, cuando empezó en la escuela de primaria, pero hasta los once no había entrado nunca. Ese edificio estaba reservado para los alumnos de secundaria. El de los alumnos de primaria se levantaba en el otro extremo del jardín, alejado de los estudiantes más mayores. Junto al de secundaria se alzaban las residencias para los internos, cada una con su escudo propio dibujado en la fachada, el imponente y aún desconocido edificio de los *superdotados*, y otro más para la dirección y el cuerpo docente.

Alex tenía trece años. Cumpliría catorce en unos meses. Estaba en el tercer curso de secundaria, en su noveno año. Había atravesado muchas veces, tantas que ya no las recordaba, el jardín por el que ahora corría, tan grande como dos campos de fútbol, con árboles dispersos aquí y allí, cuya sombra se disfrutaba siempre que el tiempo lo permitiera.

Cuando finalmente se encontró frente a la puerta acristalada en arco, se detuvo un instante para que el aire volviese a sus pulmones. Creyó que el corazón se le iba a escapar del pecho. Miró el reloj. Quedaban cuarenta minutos para las nueve.



No entendía nada. Estaba atónita. Una y otra vez miraba su reloj de pulsera con incredulidad. Lo golpeó con el dedo, pero el segundero marcaba el tiempo con acierto. Aparentemente, no estaba estropeado. El único problema es que no eran las nueve, sino que aún eran las ocho y veinte, y ella estaba segura de que hacía solo un momento eran las nueve.

—Ya me extrañaba que durase tanto.

La semana pasada se había olvidado quitárselo antes de ducharse y el reloj se dio un baño inesperado. Si hubiese sido sumergible, quizá lo hubiera disfrutado, pero no era el caso.

Sin prestar más atención, abrió la doble puerta de cristal. No había nadie. El vestíbulo era una amplia sala que se vertebraba en diferentes pasillos y escaleras. En el centro había una fuente de roca caliza blanca, una reproducción a escala de los acantilados Blancos. El agua discurría por varios niveles a través de pequeñas cascadas. En lo alto, un reloj incrustado señalaba que faltaban cuarenta minutos para las nueve.

—Pero... —se quedó con la boca abierta.

No puede ser, pensó.

Estaba pasmada. Se negaba a creer que el reloj de pulsera le hubiera jugado una mala pasada. Juraría que, al abrir los ojos esa mañana, el despertador digital indicaba que eran las ocho y media. De otro modo no se hubiese levantado casi de un salto ni hubiera ido corriendo a la ducha. Y tampoco se habría marchado de casa sin desayunar, como tenía por costumbre, en la cocina. Su madre le había preparado un sándwich porque era tarde. Charlotte sabía perfectamente a qué hora tenía Alex clase. Precisamente la noche anterior lo habían comentado.

Trataba de evocar la línea de acontecimientos de lo que llevaba

de día, desde que se había despertado, cuando una mano se posó en su hombro. Se giró sobresaltada con un chillido.

El hombre se echó a reír.

—Perdona, Alex, no quería asustarte.

Era alto, orondo y con el pelo corto. Tenía la cara redonda y un bigote negro que le cubría el labio superior. Reía con la boca abierta y al hacerlo, finas arrugas surcaban el contorno de sus ojos. Aquel era el coste que debía pagar por reír gran parte de cada día desde hacía un montón de años.

—Hola, profesor Williams. Pensé que estaba sola —contestó ella.

—Desde luego nadie te podrá decir que no eres puntual. Nada más y nada menos que cuarenta minutos antes de que comiencen las clases. Ni siquiera los internos llegan tan temprano. —Volvió a reír—. ¿Todo bien?

Alex miró de reojo el reloj del vestíbulo. Definitivamente la hora era correcta.

—Oh, sí. Es que... —Diferentes respuestas acudieron en su ayuda cuando hacía rato que había descartado la verdad—. He quedado con Dakna para ayudarla con un trabajo de historia.

El hombre sonrió y se despidió poniendo rumbo a la sala de profesores del edificio, que estaba en la planta baja.

Alex se sorprendió de lo bien que había mentido. Jamás había sido su punto fuerte: enseguida se sonrojaba. Pero cualquier respuesta era mejor que explicar que no sabía mirar bien la hora en un reloj. Lo cual era absurdo hasta para un niño de seis años. Y ella no solo se había confundido una vez, sino dos.

Ahora que estaba en el colegio no iba a volver a casa. Así que, como hacía un buen día, y el esfuerzo físico de la carrera ya no mellaba sus latidos ni su respiración, decidió salir fuera y esperar en el césped junto al árbol bajo el que pasaban las horas muertas y los periodos entre clases Dakna y ella: un gigantesco sauce llorón de más de ocho metros de altura.

Se sentó apoyando la espalda sobre su tronco y abrió la mochila.

la. No tenía hambre, por lo que relegó la bolsa del almuerzo a un segundo plano, apartándola para más tarde. Hundió la mano hasta el fondo, donde tenía la costumbre de ocultarse su querido iPod, el fiel amigo que la acompañaba allá donde fuese. Disfrutaba escuchando música y podía pasarse horas y horas haciéndolo. Se sabía de memoria todas las letras de las canciones de Amel Bent, Coralie Clément, Keren Ann o Vanessa Paradis, sus cantantes favoritas.

Revolvió entre los libros y sus dedos toparon con algo inesperado. Lo atrapó con curiosidad; tenía tacto suave, delicado. Comenzó a tantearlo con intriga. Parecía ser de terciopelo, pero no acertaba a saber qué era. Lo agarró y lo sacó. Era una bolsa de tela negra, como un saco diminuto, cerrada con cordón blanco. En su interior guardaba algo, un objeto, pero no se hacía una idea de qué podía ser.

—Daniel —dijo, sin poder evitar una sonrisa.

Daniel era un chico muy tímido de su clase que estaba prendado de ella. Hacía unas semanas, le había regalado un pequeño cerdito de peluche junto a una nota que decía: «El otro día, en clase de biología, te escuché decir a Dakna que los cerditos te parecían adorables».

La había firmado y junto al peluche, la metió en la mochila de Alex sin que ella se diese cuenta hasta llegar a casa ese mismo día.

No eran novios, ni siquiera habían salido juntos. A ella no le gustaba, aunque le resultaba dulce su timidez. Sin embargo, no quería hacerle daño y ya le había aclarado lo que pensaba. A lo que él había contestado citando a su padre, quien decía que la perseverancia era la actitud más importante que un hombre podía cultivar.

Soltó el nudo que protegía el contenido de la bolsa y la abrió. La volteó sobre la palma de la mano y cayó una pulsera. Era increíblemente ligera y preciosa.

—Ouah! —exclamó asombrada con los ojos abiertos como platos.

Cuatro cordones de cuero negro atravesaban varias esferas y estas ni se tocaban ni estaban alineadas. En total, siete esferas que brillaban con el tono metalizado de la plata. Aunque para Alex era difícil decir si lo era en realidad.

—Si la ha comprado, tiene que valer muchísimo.

¿Será plata?. Acarició con delicadeza la esfera más grande. Su superficie era lisa y fría.

Lo único que tenía de plata para comparar eran unos pendientes que le había regalado su madre, pero solo los utilizaba en ocasiones especiales y ahora no los llevaba. Lo tendría que hacer al llegar a casa.

Subiéndose las mangas de la camisa, deslizó la pulsera por su muñeca izquierda. Al ser zurda, no le gustaba llevar nada en esa muñeca, pero haría una excepción. Giró el brazo varias veces: le quedaba perfecta. Lo suficientemente suelta como para que le bailase sin escaparse.

Esperaba con ansia que llegase Dakna para enseñársela.

El reloj de su muñeca derecha decía que pasaban cuarenta minutos de las ocho. De los edificios de los internos surgían chicos y chicas dispuestos a disfrutar del poco tiempo que quedaba antes de la primera clase. Algunos daban patadas a un balón para aprovechar el rato y otros se tumbaban. Había estado tan ensimismada con la pulsera que ni los había visto.

Poco a poco iban llegando todos los demás. Los más afortunados y envidiados aparcaban sus motos en el parking interior. También había quien venía en bicicleta. No obstante, la mayoría lo hacía caminando. Y a los más pequeños los acompañaban sus madres o padres hasta la puerta principal. Quince minutos antes de la primera clase era posible ver a los más de mil doscientos alumnos que tenía el colegio al mismo tiempo.

Se disponía a buscar por segunda vez el iPod en la mochila cuando divisó a Dakna. Caminaba hacia el sauce agitando los brazos. Alex le devolvió el saludo para darle a entender que la había visto.

Era una chica delgada, rubia con el pelo corto, casi de chico, unos labios finos, los ojos de color almendra y dos hoyuelos muy característicos. Vestía el uniforme de la escuela.

—No me lo puedo creer —murmuró Alex.

El día anterior, Dakna tenía una larga melena rubia que le cubría casi toda la espalda. Y hacía una semana había dicho que no se cortarían el pelo por nada del mundo.

—¡Hola, Alex! —dijo dándole un beso en la mejilla y sentándose a su lado.

—¡Hola, Dak! —contestó ella casi al mismo tiempo.

—¿Te gusta? ¿Qué te parece? —preguntó Dakna ladeando la cabeza a un lado y al otro—. Para Robert —siempre llamaba por su nombre a su padre— es demasiado corto, pero mi madre dice que me queda fantástico. ¿Te lo puedes creer?

Alex no sabía si le gustaba o no. Estaba demasiado acostumbrada a verla con su larga melena. Dakna era una chica muy impulsiva y a veces, hacía las cosas sin reflexionar.

—Estás muy distinta —replicó mientras pensaba qué decir.

—Ya estaba cansada del pelo largo. El verano pasado fue horrible por el calor.

—Te queda bien, pero tengo que acostumbrarme al cambio.

Ambas rieron.

—¿Qué haces aquí tan pronto? Siempre me toca a mí esperar por ti. Jamás te había visto llegar antes que yo. ¿Y esa pulsera? ¡Guau! Es superbonita.

Dakna hablaba mucho y muy rápido. Charlotte decía que no había forma de hacerla callar. Incluso que hablaría hasta debajo del agua.

Agarró la mano izquierda de Alex y la levantó para poder ver la pulsera desde diferentes ángulos. Alex aprovechó el momento para contestar.

—No te lo vas a creer. La encontré ahora mismo dentro de la mochila. Creo que es otro regalo de Daniel.

Dakna frunció el ceño y estudió la muñeca de cerca.

—¿Esto es plata? —dijo—. Al final ese rollo de la perseverancia y todo eso va a servirte para tener muchas cosas nuevas.

Dakna rió, pero Alex se sintió un poco culpable. No quería aprovecharse de Daniel.

—Ojalá Jona me enviase a mí algún regalo tan bonito. A lo más

que ha llegado es a regalarme una camiseta que, encima, era de su hermana.

Jona era el novio de Dakna. Llevaban juntos varios años, pero desde que se marchó a Londres, por culpa del trabajo de su padre, no se veían. Su relación actual se fundamentaba en hablar cada varios días a través de internet.

Dakna torció el labio a un lado y miró hacia arriba. Era la forma que tenía de manifestar su frustración. Y Alex rió.

—¿Cómo se dice «suerte» en francés?

—*Chance* —dijo ella.

Su mejor amiga estudiaba francés, pero los idiomas se le daban fatal y no le iba demasiado bien. Aunque le encantaba como sonaba. Envidiaba cómo Alex era capaz de pronunciar en francés de manera perfecta y los sutiles matices en las erres que rasgaban su inglés. Hablando con ella nadie diría que era francesa, pero quien la conocía se fijaba en esos pequeños detalles.

—Entonces tienes mucha *chance* de que un chico, que no es tu novio siquiera, te regale cosas tan chulas.

A medida que pasaba el tiempo, el jardín se llenaba de más y más estudiantes apurando los últimos minutos previos a la primera clase. Alex miró su reloj. En siete minutos serían las nueve. De pronto, recordó lo que le había ocurrido con los relojes hacía solo un rato.

—No te imaginas lo que me ha ... —empezó a decir.

—Mira quién va por allí —la interrumpió Dakna.

Señaló con el dedo a un par de chicos que caminaban en dirección al edificio de secundaria, a través del jardín. Uno de ellos era Daniel. Escuchaba con atención al chico moreno que estaba a su izquierda gesticulando de manera exagerada. Vestían la versión masculina del uniforme: pantalón gris, camisa blanca, chaleco negro y corbata. Aunque, normalmente, justo antes del verano les dejaban ir sin corbata.

Alex siguió la dirección que indicaba su amiga. Daniel era más alto que su acompañante. Tenía el pelo rapado y era bastante delgado.

—Debería darle las gracias.

—Eso. Que crea que tiene oportunidades para que aparezcan más regalos en la mochila —dijo Dakna, sonriendo con malicia.

—No seas cruel. Tiene que pasarlo fatal.

Se sentía avergonzada.

Daniel y su amigo estaban ya casi en la doble puerta de cristal.

—¡Vamos! —dijo Dakna de pronto.

Cogió a Alex de la mano y tiró de ella.

—¡Espera! La mochila.

Alex se giró y levantó la mochila, que descansaba junto al árbol.

—Yo me llevo al amigo para que hables con Daniel a solas. Era Ahron, ¿verdad? Va conmigo a clase de matemáticas.

Sin soltar a Alex de la mano, y tras haber recorrido todo el jardín esquivando alumnos, abrió la puerta de cristal y ambas accedieron al interior.

Daniel estaba hablando con su amigo delante de la fuente del reloj. Era el punto donde todos se detenían a terminar una conversación antes de tomar diferentes pasillos o escaleras para ir a clase.

—¡Hola, chicos! —saludó Dakna, acercándose a ellos.

Los dos se callaron y se giraron simultáneamente. Antes de que pudieran responder, Dakna liberó la mano de Alex y se encaramó al brazo de Ahron.

—¿Me ayudas con los deberes de matemáticas antes de que comience la primera clase? Cuando se empiezan a mezclar letras y números me pierdo. No soy capaz de resolver una sola ecuación. Y a ti se te dan tan bien, Ahron. Siempre sacas buenas notas.

—¿Ahora? —preguntó, comprobando que quedaban apenas cuatro minutos para las nueve.

—Claro, ¿cuándo si no? —contestó Dakna con una sonrisa encantadora.

—Vale, vamos.

Dakna había nacido para el teatro, una auténtica reina del drama. Se alejaba cogida del brazo de Ahron, tirando de él, y guiñó un ojo a Alex.

Mientras, Daniel miraba disimuladamente a Alex. Era, con diferencia, más alto que ella. No obstante, él estaba por encima de la media masculina de su edad y Alex, más bien, por debajo de la femenina.

—¡Hablamos luego, Dan! —gritó Ahron, vencido.

Las miradas de Alex y Daniel se encontraron. Sonrieron.

—Hola, Daniel.

—Tu amiga es muy... —Hizo una mueca como dudando qué decir.

—Sí, es muy.

Los dos explotaron en risas.

—Es como un huracán. Vaya donde vaya arrasa con todo lo que esté en su camino. Siempre consigue lo que se propone.

Daniel sonrió.

—¿De qué tienes clase ahora? —preguntó él, cambiado de tema.

—Francés.

—Puf, yo filosofía. ¿Me la cambias? —dijo torciendo el gesto.

Alex negó con la cabeza.

—¡Ni loca! —respondió volviendo a reír.

Daniel era del mismo curso que Alex. Tenían varias clases en común, por lo que se encontraban con frecuencia.

—Me ha gustado mucho la pul... —La frase quedó incompleta.

El timbre, que avisaba del inicio de las clases dos minutos antes de las nueve, chilló con fuerza. La puntualidad era algo que el colegio se tomaba muy en serio.

Daniel se giró alarmado hacia el reloj de la fuente.

—¡Me voy! —dijo apresurado y con urgencia en la voz—. Si vuelvo a llegar tarde a la clase de la profesora Smith estaré castigado lo que queda de curso y parte del año que viene. ¡Nos vemos después!

Corría hacia las escaleras del primer piso, dando la espalda a Alex, cuando, de repente, algo ocurrió. Todo iba mucho más acelerado de lo normal. Detenida frente al reloj de los acantilados, veía alumnos pasando a su lado tan rápido que no podía distinguir más que sus sombras. Era como si estuviese dentro de una película

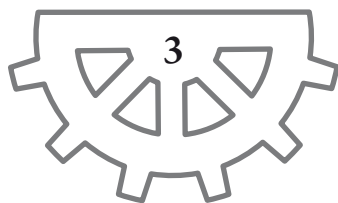
y alguien multiplicase la velocidad para pasar una escena aburrida o los títulos de crédito. No se distinguían los diferentes sonidos y todo estaba distorsionado.

Cuando todos entraron en sus respectivas clases se quedó sola y el silencio se apoderó del vestíbulo. Alex giró la cabeza hacia el reloj. La aguja grande giraba condenadamente rápido. Lo único que pudo hacer ella fue contemplarla. Se encontraba absorta; incapaz de mover un solo músculo, con la mirada fija en la aguja. Dio una vuelta completa y cuando cruzó el número cincuenta y cinco, las puertas de las aulas se abrieron. Entonces, las sombras de los alumnos volvieron a correr a su lado en todas direcciones. Era el cambio de clase y cada uno buscaba su nuevo destino. Transitaban muy cerca de ella, raudos e imperceptibles, pero ninguno la tocó. Podía sentir como casi la rozaban pero nada más.

El reloj seguía corriendo y todo volvió a quedarse en silencio en cuanto se cerraron las puertas. Sin embargo, la aguja no cesaba su ritmo.

La ansiedad estaba a punto de desbordar a Alex. Sintió miedo. Lo que ocurría escapaba a su comprensión. Se le aceleró el pulso y un sudor frío recorrió su frente.

El minutero avanzó hasta las once menos diez y se volvió a escuchar el timbre. Ahora, chicos y chicas salían de diferentes clases caminando por los pasillos como si nada especial hubiese ocurrido.



Perdida y desorientada, las piernas le temblaban. Todo era normal. Mirase donde mirase, lo único que se encontraba era la escena rutinaria del colegio: alumnos cambiando de clase, conversando. Todos parecían ajenos a lo que ella había vivido. ¿Qué ha pasado?. Su respiración aún resonaba agitada en el pecho.

Tras un grupo de chicos apareció Dakna. Caminaba hacia ella, preguntando con la mirada dónde se había metido.

—¿Dónde has estado las dos primeras horas, Alex? —Una chispa de intensa curiosidad brillaba en sus ojos—. Vi a Daniel a segunda, en clase de biología, pero no sabía nada de ti desde primera hora.

Las palabras querían salir, pero se estancaron en la lengua de Alex. No encontraba forma de explicar que había estado allí mismo. Se quedó con la boca abierta, intentando hablar, pero sin conseguirlo.

—Williams preguntó por ti. Dijo que te había visto por la mañana. Le seguí el rollo cuando me preguntó por un trabajo de historia y no supe qué decirle. Si habla contigo, estabas en la enfermería. —Sacó la lengua y rió—. Fue lo único que se me ocurrió.

—Gracias, Dak.

—Estás un poco pálida. ¿Te encuentras bien? —preguntó su amiga, colocando el dorso de su mano en la frente de Alex.

Ella asintió, aún en estado de shock.

—Después me cuentas dónde estuviste. Como no nos movamos rápido llegaremos tarde a historia, y esta vez nos castigarán.

Alex atisbó de reojo el reloj incrustado en la roca blanca. No supo explicar por qué, pero su corazón se encogió. Se llevó la mano al pecho mientras caminaba tras Dakna, como un fantasma, hacia la escalera de mármol blanco que conducía a las aulas del primer piso, donde tenían clase de historia con la profesora Jones.

—No te imaginas lo que le pasó a Rachel en clase de química. Estaba mezclando dos sustancias, se le desbordó el compuesto, y ahora tiene una mano azul —le contó a carcajada tendida mientras subía escalones.

Alex la escuchaba sin hacerlo. Lo único que ocupaba su mente era el minuterio del reloj de la fuente.

—Alex —Dakna se detuvo en el último escalón y se dio la vuelta—. Alex, ¿me escuchas? Estás ida del todo. ¿Seguro que te encuentras bien? De verdad que tienes la cara blanca.

Ella sacudió la cabeza y miró a su amiga rubia.

—Estoy bien. Es solo que tengo hambre. No desayuné esta mañana —dijo, frotándose el estómago.

Una media verdad no es lo mismo que una mentira.

—Luego comemos algo. Ahora toca disfrutar de la dulce sonrisa, y apasionante clase, de Jones.

Alex sonrió. El buen humor de Dakna era contagioso.

Entraron juntas en el aula. La profesora todavía no había llegado y sus compañeros revoloteaban entre los pupitres. Los suyos estaban situados en medio de la tercera fila.

—Bonito peinado, Dakna —dijo una voz con desdén, marcando las sílabas del nombre pronunciado.

A medio camino entre la puerta y sus pupitres, estaba Claire rodeada por su grupo de amigas. Larga melena rubia, ojos claros, cuerpo de bailarina y mucha soberbia. En esa descripción hubiera encajado cualquiera de esas chicas; muñecas clónicas con diferentes nombres. Pero Claire era su máximo exponente: la más popular, a la que todas querían imitar y por la que babeaban los chicos. Si ella reía, todas lo hacían. Ahora miraban a Dakna, pitorreándose.

—Aunque es una lástima que ahora te parezcas más a un chico.

—Por favor, qué cutre —dijo otra.

El grupo se burló y rió en armonía. Eran como hienas.

—Sigue intentándolo. Puede que un día consigas tener novia —dijo Claire con desaire.

Buscó las caras de sus amigas esperando que le siguieran la mofa. Se tronchaban. No martirizaban a Dakna por nada en particular. Simplemente, les parecía divertido. Un día le tocaba a ella y al siguiente se burlaban de otro. Creían estar por encima de los demás. Y por eso Alex las odiaba.

—Ni caso —le susurró a su amiga al oído—. Lo mejor es ignorarlas.

Dakna se sentó en silencio y con la cabeza gacha. Su alegría desbordante había desaparecido por culpa de Claire y sus marionetas. Quiso animarla, pero en ese momento entró la profesora Jones y la clase enmudeció. Cada uno buscaba su pupitre tratando de no llamar la atención.

Alex guió sus ojos al espléndido día que la ventana dejaba intuir. De pie, inmóvil, tras su escritorio, y junto a la extraordinaria pizarra que cubría casi toda la pared frente a los alumnos, Coraline Jones ojeó a todos sus alumnos. Tenía unos cuarenta años. Poseía un rostro en forma de pera, con la barbilla grande y la frente estrecha. Sus ojos eran fríos, de tono grisáceo, e inescrutables. Dibujaba un gesto serio. Año tras año, había apuestas por verla sonreír, pero nadie había ganado nunca. Vestía una falda beis hasta la rodilla y una blusa de seda roja de manga larga. No se podía decir que fuese delgada, pero tampoco lo contrario.

—¿Está disfrutando de las maravillosas vistas de nuestra querida clase, señorita Bellenuit?

La totalidad de los ojos del aula se posaron en Alex. Ella se sobresaltó al percatarse de que era el centro de atención. Miró a la profesora, que mantenía un ademán impasible, y se sintió azorada.

—Diría que está usted pálida —Las facciones de Coraline se relajaron. Incluso parecía que se preocupaba—. ¿Quiere hacer una visita a Sandra?

Sandra era la enfermera de la escuela, una mujer querida por todos por su carácter afable y sus buenas maneras.

Alex escuchó cuchicheos a su espalda. No se encontraba mal en realidad, pero la profesora Jones le había puesto en bandeja la excusa perfecta para marcharse. Asintió.

—Se lo agradezco, profesora Jones —dijo—. Estoy un poco mareada.

Coraline la invitó a levantarse con un gesto de la mano mientras se llevaba el dedo índice delante de los labios para silenciar los murmullos que comenzaban a hacerse audibles. Los cuales, inmediatamente, cesaron.

—Adelante.

Alex se levantó con el peso de la atenta mirada de sus compañeros. En muchos podía leer envidia. Cogió la mochila y sin decir palabra, articulando con los labios, transmitió a Dakna que la vería después. Ella lo entendió y asintió con un amago de sonrisa. Parecía que las burlas de Claire y sus amigas ya no eran más que una anécdota.

Salió del aula y Coraline retomó la clase. Su voz traspasó la puerta.

—Señoritas, caballeros, hoy van a visitar el excitante mundo de la economía inglesa en el siglo XVII.

Un gimoteo global sonó en respuesta.

—De buena me he librado —dijo Alex, suspirando.

El pasillo estaba desierto, una escena poco corriente. Acostumbrada a verlo con gente de un lado a otro, el vacío era mayor. Tenía la sensación de que faltaba algo. Enseguida, el reloj del vestíbulo volvió a abordar sus pensamientos y un escalofrío le sobrevino. Miró el suyo. *Eran las once en punto*. Recordaba con nitidez lo que había sucedido, fuese lo que fuese. *¿Su cabeza le había jugado una mala pasada?* Su madre insistía con frecuencia en la importancia de desayunar, pero aquello no podía ser producto del ayuno. *Quizá no sea una idea descabellada bajar a la enfermería.*

Descendió con precaución la escalinata agarrando firmemente el pasamanos. Estaba inquieta; aunque, por suerte, no tenía que acercarse a la fuente. El pasillo al que se dirigía estaba a mano izquierda. La enfermería ocupaba una sala en la planta baja del edificio. Cuando dio la espalda al reloj se sintió más tranquila. Paso a paso se relajaba.

De la puerta con una cruz roja recién pintada salió un chico de quinto o sexto grado, al que no conocía, con mala cara. Todos los

estudiantes de secundaria habían pasado por aquella sala al menos una vez. Aspirinas para el dolor de cabeza, esguinces y contusiones en clase de gimnasia, estómagos revueltos; Sandra se hacía cargo, siempre dispuesta con una sonrisa, aunque fingieran para escaquearse de alguna clase aburrida.

Se tomó unos segundos para llamar y golpeó la puerta con los nudillos. Al no recibir una respuesta inmediata, giró el picaporte y empujó. Pero lo que se encontró hizo que el corazón le diese un vuelco. Sandra colocaba un libro en la estantería del fondo moviéndose muy despacio, como a cámara lenta. Alex rotó la cabeza hacia el hall. El chico con el que acaba de cruzarse caminaba con la misma parsimonia con la que Sandra se movía. Al fondo, distinguió el perfil de la fuente, el contorno de la reproducción a escala de los acantilados Blancos. Volvió la mirada al interior de la enfermería y advirtió que el segundero del reloj que presidía la sala en lo alto de la pared no cumplía con su función.

Al borde de las lágrimas, cerró los ojos y se tapó la cara con las manos. Quería salir corriendo, pero sus músculos se lo impedían. El latido de su corazón se avivó y el miedo tomó el control.

—¿Qué ocurre, cielo? —era una voz dulce, cercana y cálida.

Percibió pasos y cómo unas manos se posaron en sus hombros. Separó las suyas de la cara y abrió los ojos. Sandra la miraba consternada, impaciente por saber qué ocurría. Alex temblaba. Con la mirada vidriosa vio como el chico del pasillo se alejaba. Todo era normal de nuevo. Se abrazó a Sandra y apoyó la cabeza en su pecho. En su seguridad, las lágrimas brotaron.

—Tranquila, cariño, no pasa nada —dijo la enfermera, acariciando su pelo.

Casi un minuto después, sin que ninguna dijese nada, Alex se calmó. Sandra sacó un pañuelo de su bata blanca.

—Ten.

Se sonó la nariz y se secó las lágrimas con la palma de la mano. Después de llorar, el color de sus ojos era de un verde pálido, cristalino.

—Pasa. Te daré algo para que te relajes, ¿vale?

La acompañó hasta la camilla, junto a la ventana, y la ayudó a sentarse sobre ella, dejando la mochila en el suelo.

—Te prepararé una tila, y ya verás cómo enseguida te encuentras mucho mejor.

Alex se colocó el pelo tras la oreja y echó un vistazo a la enfermería. Era una habitación grande, pintada en blanco, con dos ventanas y muchas estanterías y armarios, donde predominaban libros y diferentes medicamentos. Frente a ella, Sandra llenaba de agua un calentador eléctrico. La enfermera no aparentaba más de cuarenta años, aunque en realidad ya rondaba el medio siglo. Tenía el pelo cobrizo, recogido en una pequeña coleta, con un largo flequillo sobre unos ojos castaños con forma de almendra. La bata ceñida dejaba entrever su pronunciada cadera, su estrecha cintura, y su voluminoso pecho.

Alex agradeció los minutos de silencio que le otorgó para reorganizar sus ideas. *¿Qué demonios está pasando? ¿Me estoy volviendo loca?*

Sandra se giró y le entregó una taza humeante.

—Bebe despacio, cielo. Está caliente.

Alex dio un sorbo pequeño y aunque quemaba, le sentó bien.

—Muchas gracias, Sandra —dijo, sujetando la taza con las dos manos.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Alex reflexionó un instante. Ojalá me doliese algo. Al menos podría explicar lo que pasa sin temor a que me encierren en un psiquiátrico.

—No. Es que... —se mordió el labio inferior—. Los exámenes me ponen nerviosa. Todos los trimestres igual.

Evitando el contacto directo con los ojos de Sandra, agachó la cabeza. La enfermera sonrió y posó sus manos en los brazos de Alex.

—¿Sabes? Cuando yo tenía tu edad me ocurría algo parecido. Mis padres eran muy estrictos y querían que siempre tuviese las mejores notas. No era suficiente con que fuesen buenas: tenían que ser las mejores. Cada vez que se acercaban los exámenes, era un manajo de nervios.

Mientras hablaba, Sandra se sentó junto a ella en la camilla y ella daba pequeños sorbos a la tila.

—Para calmarme, me aficioné a las infusiones. Siempre me han ayudado a relajarme —concluyó sonriendo.

Alex la miró. Era una mujer encantadora. Su delicado tono de voz era reconfortante.

—Hagamos una cosa. ¿Qué te parece si te doy el resto del día libre para que te vayas a casa a darte un baño de agua caliente? No hay nada que no cure una bañera hasta arriba de agua y espuma.

El rostro de Alex se iluminó. Con lo que estaba pasando no tenía ganas de estar en el colegio.

—Pero tiene que ser un secreto —dijo Sandra llevándose el dedo índice a los labios—. Diremos que te dolía el estómago y que yo te envié a casa, ¿de acuerdo?

Alex asintió y Sandra se levantó.

—¿Quieres que llame a alguien para que te venga a buscar?

Pensó en Charlotte, pero no quería preocuparla.

—No hace falta, puedo ir sola a casa. Vivo cerca.

—Está bien, te acompañaré a la entrada.

Alex recogió su mochila, se levantó de la camilla y dejó sobre ella la taza vacía. La enfermera le pasó un brazo por la espalda y caminó junto a ella.

—Verás cómo sacas unas notas altísimas, no te preocupes.

Alex sonrió.

—Gracias, Sandra. De verdad.

—No hay de qué, cielo. Siempre que necesites algo, ya sabes dónde estoy.

Al atravesar el vestíbulo, Alex evitó mirar al reloj de la fuente, desviando la vista. En cuanto salieron del edificio se sintió mucho mejor. El día era maravilloso: ni una sola nube en el cielo ni en el horizonte.

—No tendrás problemas en la puerta: estos días no está Michael. Su mujer dio a luz ayer —explicó Sandra.

Michael era el guardés del colegio. Alex se acordó de cómo esa misma mañana había cruzado la verja corriendo y no había visto a Michael.

—Recuerda lo del baño —dijo Sandra sonriendo—. Mañana ven a verme antes de las clases, ¿vale?

—Gracias otra vez, Sandra —respondió Alex asintiendo.

Se despidieron y la enfermera volvió a entrar en el edificio. Al quedarse sola, sus preocupaciones regresaron, pero, con paso decidido, cruzó el jardín y abandonó el colegio. La ciudad, al contrario de lo que Alex creía que ocurría a esas horas de la mañana, parecía un enjambre de abejas ocupadas. Había ancianos paseando, mujeres cargadas con bolsas de la compra o cochecitos de bebés, gente esperando al autobús, coches, motos, bicicletas, perros y dueños, trabajadores que salían a tomarse un descanso y fumar un cigarro. No importaba el camino que tomase, había gente atareada allí donde mirase.

En High Street, Alex entró en un quiosco a comprar unos chicles de fresa y antes de llegar al cruce donde la gran vía de Dover se convertía en London Road, se metió por Peter Street, una estrecha calle que evitaba el bullicio de la gran arteria. Unas cuantas esquinas y calles más y ya estaría en Millais Road, frente a la puerta de su casa.

Durante el trayecto había llegado a un acuerdo consigo misma: olvidarse de todo lo acaecido esa mañana. Caminar por aquellas calles poco transitadas por las que siempre volvía del colegio le había sentado bien. Decidió que esa tarde iría hasta el puerto a respirar la cautivadora fragancia del mar. *Ahora el día parecía normal, o casi.*

Se descolgó la mochila en la esquina de Bridge Street con Granville Street, frente a Halfords, un supermercado, para recuperar su iPod. Tenía una necesidad imperiosa de escuchar música. Lo buscaba entre los libros con su mano izquierda cuando un silencio sepulcral se hizo fuerte, apagando el ruido de la calle. Alex se paró en seco, dominada por el pánico, sin atreverse a levantar la vista y contemplar lo que le rodeaba. Podía ver su reflejo en el escaparate de la tienda de recambios de vehículos frente a la que estaba.

Por segunda vez todo marchaba acelerado. Pero, en esta ocasión, mucho más rápido que en el colegio. Alex se pegó a la fachada de la tienda. Un río de sombras atravesaba las puertas del Halfords. Los coches salían y entraban del aparcamiento con tal presteza que no

eran más que un esbozo. Y la calzada estaba cubierta por la estela de más automóviles. De pronto, todo se oscureció. Alex levantó la cabeza hacia el cielo. El sol se ocultaba y aparecía la luna tirando de las estrellas. El manto de la noche cubrió el firmamento, pero fugazmente. La luna seguía su curso y tan rápido como llegó, se fue empujada por un sol entre nubes que devolvía la luz natural a la calle.

Alex se aferró a su mochila, con un brazo aún dentro, y emitió un grito ahogado. Estaba aterrorizada. Cerró los ojos, se agachó, dejó la mochila en el suelo y se tapó los oídos. Sus labios temblaban, clamando ayuda. El miedo la desbordaba.